

IV

ANDRÉS NEUMAN

POÉTICA A TIENTAS

¿Poetas elegíacos o poetas himnicos? Aunque todo buen poeta tenga algo de ambos, admiro más a los segundos. Celebrar la vida me parece una meta más alta y exigente que lamentarla.

¿Poetas de lo mítico o poetas desmitificadores? Con las debidas precauciones, a estas alturas de nuestro escepticismo me inclino por los primeros. El poeta mitificador se arriesga por sus emociones. El desmitificador tiende a protegerse con sus ironías. Y la ironía, en poesía, es algo delicadísimo que puede desembocar en la impotencia del ingenio. Tomar excesiva distancia con lo que decimos, ¿es muestra de lucidez o de disimulada vanidad? ¿Modestia o cobardía? Por eso, aun considerando sus estridentes tropiezos, simpatizo más con los poetas sagrados. Sagrados sin retórica, con sentido crítico y, por supuesto, más acá de los dioses.

¿Poesía adjetival o poesía sustantiva? Hay poetas del adjetivo, que proceden por adición o superposición. Preferiría ser un poeta del sustantivo, y proceder por combinación o por imágenes.

¿Poesía del color o del matiz? Siento que me dirijo hacia lo segundo.

¿Gravidez o levedad en el tono? Intuyo que el secreto consiste en combinar ambas naturalezas: palabras ligeras y sentidos como anclas.

Una cuestión menor pero esencial: ¿verso libre o metro clásico? Personalmente, me quedo con el segundo. Por contradictorio que parezca, el verso clásico delata mejor a los impostores: si no se elabora de manera auténticamente personal, enseguida suena a *alguien* o a otra época. En cuanto a la estructura del poema, sin embargo, las construcciones libres me interesan más que las estrofas tradicionales. La medida del verso es apenas un patrón auditivo, un compás; pero la estrofa implica ya una verdadera premeditación general. El metro predispone, mientras la estrofa impone. Claro que la escritura de un soneto puede ser libérrima (¡Vallejo!), pero en la práctica los más imitan, retroceden, se extravían en la forma de la forma.

¿Poesía de la cinética o poesía de la quietud? Necesariamente, ambas. La realidad es veloz, impaciente, puro dinamismo. Pero si acompañamos con la vista cualquier movimiento de lo real (como cuando se observa un tren en carrera o una cuerda en ascenso), el efecto óptico es de un momentáneo estatismo. Creo que esa es precisamente la estrategia: detener lo dinámico, analizar el vértigo como si fuera un objeto.

(extracto de *El equilibrista*)